



La punta del Serrallo.

EL SERRALLO.

La mayor parte de las personas creen que lo que se llama Serrallo en Constantinopla, es uno de esos palacios maravillosos, cuya descripción se lee en las Mil y una noches. El Serrallo, aunque la palabra turca *Serai* significa *Palacio*, es un vasto recinto triangular, rodeado de murallas almenadas y situado en el ángulo del mar de Mármara frente al Bósforo. Este espacio inmenso habitado por una multitud de gentes de todas clases y condiciones, está sembrado de jardines, de palacios, de kioscos, de glorietas y de dependencias de toda especie; poblado de sirvientes, guardias, mujeres y pajes, para el servicio personal del Sultan. En este punto se halla la administración de moneda y del Tesoro imperial, edificios destinados á la mansión de los Beis, de los Pachás y de regimientos enteros. A un lado se eleva la antigua iglesia de Santa Irene, destinada por supuesto, á otro uso que el primitivo: en otro paraje está la habitación de los pajes del Sultan: en otro la de los jardineros, una mezquita convertida en taller de moneda; y en fin, en puntos mas retirados, el Haren ó habitación de las mujeres. A la orilla del mar, al pie y muy cerca de las colinas del Serrallo, se encuentra el palacio actual de S. A., verdadero Kiosko, cuya vista es encantadora.

Del lado del mar y del puerto, el Serrallo está resguardado por una continuación de la muralla fortificada y flanqueada de torres, que sirve de límite á la ciudad: por los otros dos costados cuenta para su seguridad propia, con una muralla semejante que sube hasta la antigua iglesia de Santa Sofía y baja hasta el mar.

Ocho puertas principales dan entrada al Serrallo, cinco por la parte del mar, y tres por la de la ciudad. La mayor parte de estas puertas gozan de una triste celebridad, por las trágicas escenas que en ellas han pasado. Las numerosas víctimas de la política Otomana han atravesado estas lúgubres salidas para ser ahogadas en el Bósforo.

Después de haber atravesado la puerta imperial, que es la entrada por la parte de Constantinopla, se encuentra un patio basto é irregular, en el cual se eleva la antigua iglesia de Santa Irene, construida por Constantino. En lugar de haberla convertido en Mezquita, como ha sucedido con casi todos los templos cristianos, han hecho de ella un museo de armas antiguas ó preciosas. La fábrica de moneda, que no ofrece nada de interesante, está situada junto á Santa Irene, y muy próximas se ven la enfermería, las habitaciones del gran tesorero, del cajero ó ministro de hacien-

da; y en fin, los cuarteles para la guardia particular del Sultan.

Al pié de un plátano inmenso, se vé un mortero enorme, que sirve para moler y machacar al gefe de los Ulemas cuando es condenado á muerte, en atención á que el caracter sagrado del primer ministro de la religion, no permite que se le aplique la pena, por medio de armas de ninguna especie.

A la izquierda del patio, existe una reja por la cual se penetra para bajar á los jardines del Serrallo. Al fondo se vé una puerta elegantemente decorada, cubierta de pinturas é inscripciones, que lleva el nombre de puerta de los Saludos; en el vestibulo de esta puerta es donde al salir de la mansión del Sultan, reciben los altos funcionarios, en desgracia, al mismo tiempo que la invitación de ahorcarse, el famoso cordon de seda de manos del verdugo, cuya habitación está á la izquierda de la entrada, frente á la del portero.

Después de haber atravesado una galería muy elegante, de cuyo techo penden huevos de avestruz y colas de caballo, se llega á la sala del gran Visir, en la cual se celebran las sesiones del Divan ó Consejo de Estado. El Sultan asiste algunas veces, y fácilmente se le reconoce en medio de los Pachás, Ministros y empleados de todas clases, por el brillo extraordinario de los innumerables diamantes que le adornan.

Casi frente á la puerta de los Saludos hay un pequeño edificio, que llaman sala del Trono, en la cual se entra por la puerta de la Felicidad. Distinguese desde luego el trono, especie de lecho imperial, con pabellon, cuyas cuatro columnas son incrustadas de piedras preciosas, amatistas, topacios, perlas, záfiro y turquesas. En los cuatro ángulos del trono hay cuatro globos de oro, de los cuales penden colas de caballo, emblema del poder en los campos.

(Concluirá).

LOS YAQUIS.

He aquí el nombre de los indígenas que habitan la parte litoral de la costa Sur de Sonora en el golfo de Californias. Esta tribu se hizo notable en el año de 1827 por su alzamiento contra el gobierno de Méjico, creyéndose hasta el día independiente. Se ocupan en los trabajos mas despreciables. Su territorio se estiende hasta la provincia de Hostimuri, después de la division de los dos estados Sinaloa y Sonora, separadas por el rio del Fuerte, el mas caudaloso de la zona.

11 DE NOVIEMBRE DE 1849.

daloso del departamento. Dista pocas leguas del puerto de Guaymas y del rancho de san José. Su posición es pintoresca, cercada de tierras de labor de una fertilidad vivificante, y bañada por el río Mayo que corre de Sur á Norte, y escede de 40,000 habitantes que ocupan mas de 30 leguas de terreno. Desde que fueron derrotadas en Alamos (1) con grande mortandad y tuvieron que capitular en el rancho de san José, fueron indultados por el Congreso nacional, quedando bajo las órdenes inmediatas de un caudillo de su raza que los gobernaba sin mas ley que su discreción. El gobierno le pagaba un sueldo á título de general, el mismo que disfruta un soldado de la compañía de Buenavista (2), como lo verifica tambien con los generales y tenientes de las Opatas, cuyos sueldos son de soldados de las compañías presidiales.

Se llamaba el general Yaqui Usacameya: era adicto al gobierno y hacia respetar sus leyes con todo rigor; pero murió asesinado por sus mismos compatriotas: era alto, de formas hercúleas y aspecto imponente, diestro en el manejo de las armas, y quizás el mejor jinete de Sonora. Como indio y sin educación tenia todos sus defectos y groserías. Su inclinación escesiva á la embriaguez era tal, que casi diariamente se le encontraba en las calles ó en los campos revolcado en el polvo como los animales.

Sucedíole en el mando de aquella especie de gefatura civil su compañero Zacarias, único de los gefes con prestigio que se salvaron de la derrota de Alamos, y que afortunadamente ha conservado la providencia para que sofique cualquiera alzamiento que intentáran los yaquis, por quienes es mirado como un Dios tutelar, así como lo fué su compañero Usacameya.

Las gentes civilizadas miran con sobresalto la situación de esta tribu que amenaza con un nuevo rompimiento á sus familias y fortunas. El gobierno supremo por lo tanto no puede mirar con indiferencia tan precaria situación. Si es que no quiere ver repetidos los mismos dispendios, mortandad y asolacion del alzamiento del año 1827.

Se halla la poblacion de Yaquis repartida en cuatro parroquias conocidas con los nombres de Cócori, Tórim, Patán y Hviribis; sus pueblos llamados de visita son Bacám, Vicám, Belem y Raum. Pero los indios habitan diseminados por los campos y rancherías formando como una nación independiente á causa de sus costumbres rústicas, y desapego á las instituciones del país.

Puede decirse que no tienen religion, ni la mas leve idea del Evangelio. En vano el sacerdote que suministra los sacramentos en las misiones indicadas ha hecho los mayores esfuerzos en favor del cristianismo. Sus exhortaciones han sido vanas.

Es verdad que no existe mas templo donde se dé culto que una capillita en Hviribis formada de adobe con techo de tierra y sacate, estrechísima y mal acondicionada. Únicamente los domingos se dice misa á la que concurre muy poca gente, porque los indígenas se embriagan desde el romper el alba, se entregan á risibles alborotos y á serias riñas, inutilizándose para muchos dias. Estas causas y ademas su incuria habitual y sus penosas labores, contribuyen mucho á la mortandad, teniendo sumidos á los yaquis en una estrema degradacion y miseria.

No obstante esta postracion, son muy dispuestos los yaquis al trabajo, por lo que se emplean muchos en Guaymas, ya en cargar, ya en carretear, ya en conducir agua, etc.

A pesar de su inmoralidad es preciso hacerles la justicia de que son humildes para con sus superiores y que sin su ayuda Guaymas decaería de su prosperidad mercantil por falta de brazos. Con una sábia ley de administracion especial que introdujese escuelas (que no se conocen) diese vida á las naciones y dulcificase la suerte de estos miserables, vendrían los yaquis en breve tiempo á ilustrarse y formarían una sociedad pacífica y envidiable por su buen natural, libre de los desórdenes y desastres que produce la incivilización.

Las inmediaciones del Yaqui en la provincia de Hostimuri, que en la actualidad pertenece á Sonora, presentan

una lozanía deleitable, merced al río Fuerte que las baña llamado con razon el Nilo de la Sonora. Este río sale de madre por el mes de julio, se recoge á su cauce por setiembre y deja la tierra inundada de verdor y fecundidad. En Sonora hay menos ríos que en los otros departamentos de la república mejicana. Los principales son el mencionado, el Mayo, el Yaqui, el de Oposura, el de santa Cruz y el de Caborca. Casi todos los ríos espesados desembocan en el mar, los menos caudalosos como el de Bavispe, Bacoachi, etc. etc., entran en los anteriores. Pero hay mas solitud para conservar artificialmente las aguas que en los otros departamentos.

Los yaquis y mayos que con ellos se confunden se hallan separados de las demas tribus desconocidas como Opatas, Serís, Yumas, Cocomaricopas, Apaches, Pápagos, Pimas, etc. etc. Su aspecto es repugnante, y su color bronceado. Andan la mayor parte sin camisa ni calzones, llevando únicamente cubiertas sus partes pudendas con un lienzo tosco llamado *taparabo*. Este uso trae su origen del calor, y de la consiguiente desnudez de los indígenas que son verdaderamente muy pobres.

La venganza es su vicio predilecto y dominante; su indolencia es tal, que pasan la mayor parte de la vida en el suelo y bebiendo licores fermentados.

Las escenas que presentan estas gentes cuando se embriagan son en gran manera sorprendentes. Se forman en grupos luego que el licor empieza á ejercer su turbulenta influencia. Hablan todos á un tiempo, gritan, ahullan, aturden, empiezan los cachetes y los mordiscos, se dan patadas y se arrancan á puñados los cabellos. En tales ocasiones recuerdan sus querellas y en mistadas para escitarse mutuamente á la venganza. Pocas veces se reconcilian, y estas por medio de sus amos ó de los ministros, lo que proviene de que desconocen la órden de la magnanimidad.

Los yaquis se han hecho rateros como casi todas las tribus salvajes: roban á sus compatriotas los caballos, bueyes y cuanto pueden, disponiéndose de este modo á todo lo malo. Son muy dados al juego por parecerles oficio descansado, muy en armonia con su pereza que les induce á estar tendidos en su casa mejor que ganando un jornal.

Teniendo un peso lo gastan en comer ó beber sin temor de la miseria que les circunda aun á presencia de los criollos, que con su laboriosidad viven en la abundancia.

Jamás vuelven lo que se les presta, excepto el dinero, disculpándose con que no se lo han pedido. Si abren una puerta no la cierran, si cojen algun instrumento como tijera ó martillo, le dejan donde han trabajado. Si les pagan adelantado dejan de hacer la obra, quedándose con el dinero. Son naturalmente groseros; así que para hablar con el cura ó con el criollo se rascan primero en las gudejas, si es muger en el muslo, pero los mas políticos en la cabeza. Hemos observado que son muy torpes para hacer las cosas: cuando se les quiere dar instrucciones, pero no cuando se les deja obrar á su modo. Cuando caminan con sus mujeres van ellos delante por ser al contrario de nosotros. No se les puede fiar objetos curiosos como espejos, escopetas etc., porque al instante los quiebran ó descomponen. Su corto entendimiento no les permite conocer mas que los extremos; así cuando se les pide agua caliente la traen hirviendo, y si se les reconviene que la traigan templada, la traen fria. Por este círculo vicioso de extremos puede conocerse lo que serán en materia de prudencia en los actos morales. Los hijos del país y forasteros se desesperan en vano al ver sus continuas torpezas hechas á veces con el malicioso intento de hacerlo rabiar cuando les toman odio. Son tan desconfiados, que les parece les ha de faltar la tierra que pisan y el aire que respiran; y esto no les hace mas provídos ni diligentes, sino mas tontos y pesados. Para ser en todo contrarios á las demas naciones tienen lujuria sin amor, quitan á las mugeres cuanto tienen para jugarlo, porque es costumbre entre ellos que las mugeres dan para regalarse los hombres, pagándolas con palos, coces y pesadumbres. Son horribles en meter cizana ya contra sus paisanos, ya contra los padres ministros; y saben quejarse de tal modo cuando quieren, que hacen creer sus embustes á los mas experimentados. Cobardes por estremo temen á cualquier baladron de entre ellos, con solo verle un cuchillo en la mano. Tenemos esperiencia de que todo un pueblo entero no se atreve á prender á un fanfarron.

En el Yaqui no se siembra trigo, y la pereza de los habitantes en este punto es tal, que prefieren vivir con solo

(1) Ciudad de Sonora distante 500 leguas de Méjico: es susceptible de mucho adelanto por la suma riqueza de sus minerales, y por su temperatura sana.

(2) Este presidio se halla sobre el Yaqui: tiene ayuntamiento, cabeza de partido, y la compañía que le guarnece se compone de 60 oficiales y 74 plazas.

carne y sal, y un poco de maíz y el cigarro, mas bien que dedicarse al trabajo de cultivar la tierra. Los yaquis miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si los comparamos con los goces que se disfrutaban en Europa; pero si trabajasen cuatro días á la semana tendrían trigo y los vegetales en tanta abundancia, como ahora tienen la carne.

Son muy afectos al avalorio y á las telas de grana y de colores subidos. También son alicionados á la música y al baile. Su canto es lúgubre y melancólico, el que acompaña de instrumentos groseros, como el tamboril y chirimía.

Bailan con bastante compás y armonía, dando alguna significación á sus danzas, que ejecutan al son de canciones monotonas y uniformes é imitan los movimientos de ciertos animales poniéndose en cuclillas y dando saltos á manera de sapos. También toman brasas encendidas entre los dientes y lo mismo que suelen hacer los muchachos en sus juegos con dichos animales. Rara es la fiesta que no acaba con palos y camorras. Pero ni aquellos ni estas suelen tener raras consecuencias, pues cesan en el momento que se presenta algún oficial de justicia ó cualquiera otra persona respetable del país.

Las mugeres son generalmente muy trabajadoras y hacendosas, supersticiosas al extremo, humildes y resignadas á la dura esclavitud doméstica, y aunque de poca hermosura no carecen de gracia y espresion; si se las compara á las otras tribus comarcanas, de las que se distinguen también por su vigor en caminar á pie haciendo viajes largos, sin la menor pena y fatiga cargadas con sus hijuelos y los frutos de su pequeña industria que llevan á vender al mercado de Guaymas su vida es bastante prolongada, y se hallan exentas de los achaques propios de las mugeres entregadas al lujo y á la molición.

El parto viene á ser para ellas un acto natural; porque no le tienen como enfermedad. Dan á luz la criatura si se ofrece detrás del metate (1) y siguen moliendo con la mayor frescura pasando desde esta ocupación al labadero de algún río ó de alguna fuente á limpiar la ropa ó traer agua para sus casas. Su vestido es muy sencillo, pues consiste en un pedazo de *frazada* (especie de toga romana) ó manta en que envuelven el cuerpo cubriendo de ese modo sus carnes, si bien la mayor parte llevan descubierto el seno.

Réstanos hablar de los misioneros, milicia civilizadora á quienes se debió la colonización de desiertos que en el día son ciudades populosas.

La historia de las Américas conserva una página indeleble de los padres Jesuitas y Agustinos, y la gratitud de los indígenas por los sacrificios que en su bien hicieron tanto en lo temporal como en lo espiritual será eterna.

Es opinión común entre la gente sencilla de Sonora que la administración eclesiástica ha sufrido mucho desde la extinción de los Jesuitas, quienes dejaron monumentos de su gobierno y cuyos restos casi arruinados inspiran respeto y veneración hácia su memoria. Justicia es confesar que en aquella época eran los indígenas mas aplicados y morales, merced al celo y caridad religiosa de los padres en quienes encontraban ilustración para su ignorancia y consuelo en sus aliciones. No solo los indios sino también los hombres civilizados se quejan hoy con fundamento de la privación en que se hallan los pueblos de la enseñanza de la doctrina cristiana y la administración espiritual.

En ningún departamento de la república se necesitan tanto misiones de religiosos como en el de Sonora para trabajar en la conquista espiritual y temporal de sus muchas tribus salvajes, pues aunque las tienen los yaquis y mayos, los que habitan el interior no han sentido todavía el influjo benéfico de la religión. Y en este punto es preciso confesar que solo por su medio podrá conseguir el gobierno la subordinación de tantos hombres feroces y salvajes siempre en continua guerra con las autoridades locales. Léanse en comprobación desapasionadamente los hechos maravillosos de los jesuitas en tiempo de la conquista, y se verá que Cortés y sus dignos compañeros debieron parte del vencimiento á los ilustrados religiosos que sin mas armas que sus virtudes sujetaban las voluntades, hicieron amar el nombre español, y fueron los legisladores de mas de doce

millones de bárbaros que habitaban el continente mejicano.

VICENTE CALVO.

MADRID Y LOS PUEBLOS.

Sabido es que no hay hombre que no crea hallarse en el peor estado ni deje de envidiar los demas con tanto mayor ahínco cuanto mas distan del suyo. Esto consiste en que, para que todo esté compensado en el mundo, ni lo hay tan elevado y brillante que no tenga su buena dosis de desasosiego y amargura, ni tan oscuro y miserable que carezca de toda ilusión. Siendo así, en cualquier posición encuentra espinas el hombre; natural es que, aunque sean leves, las crea las mas punzadoras, como que otras no le lastiman, y, no viendo las mismas en las demas posiciones, las considere exentas de aquellas y sembradas de flores, contribuyendo al engaño la imaginación que, sin otro motivo ni guía que el capricho, amontona donde menos debiera unos sobre otros los vapores de la ilusión hasta que llegando á formar una nube densa para ofuscar, pero sonrosada para engañar traidoramente y hacer aparecer las aguas estancadas magníficos lagos; los terrenos quebrados, pintorescos paisajes; los aliagares, hermosos jardines, y la pobreza, suprema desgracia, sagrada fuente de resignación, manantial de sencillos goces.

Por eso los que siguen el camino de un solo estado, y llegan sin apartarse un palmo de él, donde todos los caminos acaban, mueren los hombres mas ignorantes y desgraciados; ora se encierran sus cenizas en urnas de oro, ya no quede de su existencia mas rastro que el que deja el vuelo de un pájaro en medio de los aires, porque han envidiado los demas estados, y en último resultado no han recogido mas que desengaños del suyo.

Hame sugerido estas reflexiones el que acabo yo de tener. Creía que vivir en Madrid era el colmo de los males; que habitar en el campo, en los pequeños lugares, el conjunto de todos los bienes. ¡Madrid! ¡la corte! ¿Quién no huye de ese huracán contagioso que marchita el corazón, seca las fuentes de los sencillos y generosos sentimientos? ¿Quién no se espanta al ver ese terrible Océano del vicio que ha inundado ya todas las clases, que ha sumergido á todas las familias, en cuyas cenagosas olas sobrenadan todos los individuos? ¡Madrid! ¡la corte! vasto mercado donde se ponen á vil precio todos los favores: inmensa apariencia, donde la doblez, la falsa risa, las mentidas riquezas, cubren con un crespon engañoso la sangre, la hiel, las lágrimas que gota á gota destilan repugnantes escenas é intrigas ambiciosas; verdadera Sibaritis de donde sin amor las madres, sin pudor las vírgenes, sin hazañas, sin héroes, el ángel custodio de los hombres ha volado despavorido y lloroso sin volver atrás la vista para no dar cuenta al cielo de tanta corrupción.

¿Y el campo? ¿y la modesta vida de los pueblos? Representábase las familias reunidas alrededor del hogar tutelar, escuchando, entretenidas en las labores domésticas, las historias ejemplares que les contaban sus abuelos. Aquí veía á una niña jugando con los genios de la inocencia, allí á una joven de vaga sonrisa medio cubierta con las blancas alas del ángel de los castos amores. Las clases pobres, medecia, no vivirán, como en las ciudades, apiladas en madrigueras; chozas de olorosas mejoranas, adornadas de verdes pámpanos las guarecen suficientemente de las inclementes tormentas. El eco de la soledad acompaña las canciones de los que ya sienten el peso de los años; la luna ilumina con sus resplandores apacibles las danzas de los jóvenes; las selvas ofrecen á los enamorados sus misteriosos retiros para que con libertad puedan abrirse mutuamente con la llave de la confianza las puertas de sus apasionados cuanto sencillos pechos. Sin inquieta ambición, sin pavorosos recuerdos, la existencia se desliza allí, sostenida por la religión, en la embriaguez de las tiernas emociones de la virtud hasta que al tocar al horizonte de la vida se sumerge estasiada en el hondo seno de una feliz inmortalidad.

Y dije ¡al campo!

Y salí de Madrid con ansias tan vivas de llegar á la patria de don Quijote que el camino se hacia interminable á mi impaciencia; mas me parecia, como á Telémaco al dejar la

(1) Nombre que se da en la república mejicana á la piedra con que se amasa la harina para hacer la tortillita de maíz que es el pan cotidiano de los indígenas, que es por cierto muy sabrosa.

isla de Itaca, que los cuidados, el desasosiego, el astio de todo, el disgusto de mí mismo, buían en la huella que estampaba. Cuando hube llegado al pueblo á que me dirigía, un día que no salí de casa, conservé mis ilusiones; al siguiente hollólas la planta de la realidad, que no deja en pie mas que los abrojos de las cosas.

Manifestando á un amigo que cansado de respirar en la atmósfera sofocante de la sociedad de Madrid, quería pasar el resto de mis días entre las sencillas gentes de los lugares, se sonrió de mí compasivamente. Dime por ofendido de esto (pues acontece de ordinario que nos dolemos de quien nos avisa el daño ó peligro de nuestros proyectos, como si fuera él su autor) y advirtiéndolo.

—Dispensa, me dijo, esta noche empezará á gozar las dulzuras de nuestra sociedad Arcadiense.

Llévome con efecto, á una de las casas mas tratables del pueblo, y en ella dieron el primer martillazo al castillo de mis ilusiones. En vez de la sacra familia que buscaba, hallé un padre que con todos reñía, una madre que no escupía por no suspender el uso de la palabra, y unas niñas que cuchicheaba y se reían del presentado.

—¿Qué tal vá, señora doña Trifona, preguntó mi amigo á la señora de la casa, pasados unos instantes.

—¿Cómo me ha de ir! respondió doña Trifona con voz desde luego destemplada, pero que se hizo mucho mas en el curso de la improvisación, ¡Cómo me ha de ir! malísimamente. Imposible es vivir con las pesadumbres que una tiene. Hoy nos han traído la papeleta de contribucion, y me he quedado asombrada de la que nos han echado. ¡Veinte reales mas que á don Benito! ¡Diez menos que á don Celedonio! ¡La misma que á don Dámaso! Este es un escándalo inaudito que clama al cielo venganza. Bien que, así ha de suceder para que el ayuntamiento se replete los bolsillos. Y luego que no quieren ser alcaldes! Ahorcados los vea yo todos, que entonces no harían estas injusticias.

Para que se comprenda bien la enorme imprudencia de la tal señora debe saberse que mi amigo era presidente del Ayuntamiento.

Nos despedimos avergonzados de aquella santa familia; y preguntando á mi amigo como habia tenido paciencia para sufrir aquellos insultos, me dijo.

—Los he sufrido y no he dado un escándalo por respeto á tu persona. Por lo demas esta es una escena que se repite aquí con frecuencia, de que se originan odios eternos entre las familias, hasta el punto de no haber dos relaciones.

A la noche siguiente fuimos en casa de uno que era considerado como el mas habil y decidor del pueblo.

—¿Conque es V. de Madrid? me preguntó con maligna sonrisa.

Si, señor; le contesté todo lo afablemente que pude por ver si así me libraba de la tempestad que veía aglomerada sobre mi cabeza.

—¡Pues hace V. muy mal! replicó con aire muy magistral, en Madrid no se crían mas que hombres entequés y pitimínis que solo saben bailar y cortejar madamas. ¡Ni mas, ni menos que los muchachones que aquí se crían! Apuesto á que mi Braulio puede con diez como V. y si nó á la prueba me remito. Braulio echa al señor la mano...

—No es necesario, me apresuré á contestar temiendo que me descoyuntase, me doy por vencido....

—Nada, lo ha de ver V....

Y viendome asediado con mano en ristre por el robusto Braulio no tuve mas que meter mi mano entre la suya de hierro para que me deshiciese los nudillos contra una mesa.

—Ve V. hombre exclamó triunfante, que no sirven ustedes para nada...

Los circunstantes aplaudieron al vencedor, y se burlaron de mis pocas fuerzas físicas; yo, corrido mas que la noche anterior, rogué á mi amigo con la vista me sacase cuanto antes de aquella sociedad tan brusca.

Aquella sociedad era sin embargo de una persona muy distinguida. Otro día me reuní con las personas mas desocupadas y las que debían ser mas instruidas y ejemplares del pueblo que formando corro en la esquina de un convento, pregonaban los defectos de cuantos por allí pasaban, ó calumniaban á los que no los tenían. Horror me causaron aquellos hombres que se cebaban en la honra de sus vecinos y la hacían trizas con la indiferencia ó el placer de un buitres cuando despedaza las entrañas de la ave que ha cogido. Un solo hombre ví respetado por todos; llamado

por todos sin envidia buen sacerdote, y ofrecido aun por los incredulos como modelo de honradez, de virtud y caridad evangélica. Al lado de los grandes vicios Dios coloca esos ejemplos gloriosos de virtud para que no se crea que es la humanidad necesariamente imperfecta, ni se maldiga la obra que salió mas perfecta de sus manos.

Terribles fueron para mi amigo las consecuencias de nuestros paseos nocturnos por el campo. Encontramos dos rateros cargando frutos de una finca suya, con autorización del guarda; reprendido, se escusó con que todos hacían lo mismo. Por la vindicta publica se vió el alcalde obligado á meter á unos cuantos ladrones y encubridores en la cárcel; pero pronto tuvo que soltarlos arrepentido, pues sus familias ó amigos le talaron en represalia por de pronto el mejor olivar que tenía.

Como me era tan doloroso ver desvanecidas mis ilusiones, traté de conservarlas hasta el último extremo, para lo cual achaqué aquellos vicios y excesos al pueblo, no al carácter del pais entero. «Quizá, me dije sea otra cosa en uno mas pequeño.» Afortunadamente por entónces vino á verme de uno no grande un antiguo conocido; el cual, preguntándole que tal pasaba el tiempo me respondió:

—¡Oh! malísimamente. En este pueblo al fin hay sociedad, gentes racionales, hombres de honor... ¡pero en el mio!

—¡Qué! repliqué, ¿son mejores las gentes de este pueblo que las del de V.?

—¡Uf!!! respondió, dando á la esclamacion cuanta fuerza pudo para espresar la diferencia enorme que habia: es lo vivo y lo pintado.

—Pues yo, le dije, he determinado establecerme en su pueblo de V.

—¿Y para eso ha venido V. de Madrid? me preguntó con cierta espresion de susto.

—Si, señor.

Aquel buen hombre sin decir otra palabra se levantó y, saludandome ligeramente, se marchó con presteza volviendo hacia mí los ojos cual si quisiera preverse de un golpe que le amenazase.

No era difícil conocer que el buen hombre creyó, al oír mi resolucion, que yo no estaba en mi entero juicio.

¡Después de echado por tierra el palacio de mis ensueños no faltaba para mi completa cura, mas que el soplo de un cualquiera aventase burlescamente el polvo de sus ruinas!

Ya no quise mas pueblos y al día siguiente me puse en camino para Madrid, pidiéndole perdon de las ofensas que le tenia hechas, donde, gracias á Dios, permanezco y con conocimiento de causa en mi juicio calal deduzco entre otras las siguientes conclusiones de la comparacion de Madrid y los pueblos:

1ª. Que en los pueblos hay mas barbarie, y por lo menos tantos vicios, tan malas inclinaciones y tanta depravacion como en Madrid, faltándoles ademas la civilizacion que los hace menos repugnantes.

2ª. Que en las luchas políticas los dardos que se arrojan en Madrid mutuamente los partidos las mas veces pasan por encima de las personas, y en los pueblos las clases y los partidos casi se olvidan para hacer las familias y las personas objetos perenes de rencor y odio.

3ª. Que siendo en los pueblos el único tema de conversacion la murmuracion que saca á plaza los defectos de todos ó se los supone á quien no los tiene, no hay hombre puro é intachable en la consideracion de los demas, de donde se origina una mútua y general desconfianza la cual mata toda especie de afeccion de amistad y cariño.

4ª. Que la única ventaja que llevan á Madrid los pueblos es que en ellos la subsistencia no está tan espuesta á los vaivenes de las circunstancias, ni á las mudanzas políticas que todo lo truecan y trastornan en la corte.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

DE LAS PLANTAS VENENOSAS.

Por útil y curiosa, creemos que ha de agradar á nuestros lectores que les presentemos una breve reseña de ciertas plantas, cuyas propiedades son perniciosas á la salud, acompañada de los correspondientes dibujos.

La figura 1.^a representa el *Aconitum napellus*. Esta planta es cultivada en los jardines como flor de adorno, todas sus partes son venenosas y encierran un narcótico de gran acritud.

La figura 2.^a representa la planta llamada *Ranunculum acris*, (botón de oro).

El Ranúnculo acre, es fácil de distinguir, pero es preciso tener el mayor cuidado en no llevarle á la boca,

porque ejerce una acción sumamente violenta y terrible.

Las figuras 3.^a y 4.^a representan el *Cheli donium majus* (claro) y el *conium maculatum*.

La figura 5.^a es el *Otusa cynapium* (pequeña cicuta), esta planta crece en los jardines y á la orilla de los vallados: fácilmente se la confunde con el peregil, pero se le distingue por su tronco liso, en razón á que el de peregil es acanelado, por su follaje de un verde mas sombrío, por la ausencia de olor aromático cuando se le frota, y por las flores blancas, mientras que en el peregil son verdosas.

Las figuras 6.^a y 7.^a representan la *Ciccutaria aquática* (cicuta acuática) y el *Hoscyamus Niger* (beleño negro).



Figura 1. a. Estambres y pétalos.--
b. Fruto.



Figura 2. a. Caliz y estambres.--
b. Pétalos.



Figura 3. a. Estambres y pistilos.--
b. Fruto capsular cubierto.



Figura 4. a. Tronco maculado de manchas color vinoso.-- b. Flor aislada.--
c. Fruto con muecas.



Figura 5. a. Porción de umbela ó quitasol.-- b. Flor aislada.



Figura 6. a. Racimo.-- b. Flor aislada.-- c. Fruto.



Figura 7. a. Flor cortada longitudinalmente.-- b. Fruto cortado transversalmente.



Figura 8. a. Fruto cortado transversalmente.-- b. Flor cortada longitudinalmente.-- c. Grano.



Figura 9. a. Flor cortada longitudinalmente.-- b. Cápsula cortada transversalmente.-- c. Grano.

La figura 8.^a es la *Atropa belladona*. (*Belladona*.) Esta planta se encuentra en los bosques; la fruta se asemeja a un tanto á la guinda ó cereza negra, y tiene un sabor dulce que no revela sus propiedades venenosas y que es causa de que algunas veces coman los niños su fruto. No puede confundírsela con las cerezas negras, si se fija la atención en que es coronado de un caliz preexistente y que contiene granos en lugar de huesos.

Los heméticos, los licores agri-dulces, el café mismo, pueden emplearse como remedio al envenenamiento por los frutos de la *belladona*.

La figura 9.^a es la *Datura Stramonium* (patata espinosa ó stramonía.)

La stramonía ó patata espinosa se llama así porque el fruto está erizado de puntas; se encuentra en los campos secos é incultos, sus hojas tienen un olor desagradable, su sabor acre y amargo, su acción mas enérgica aun que la de las hojas de la *belladona*. Opónense los mismos remedios que se ponen en juego para combatir el envenenamiento por medio de esta última planta.

ENTIERRO DE UN NIÑO.

Descansaba tranquilamente en brazos del ya enrarecido sueño de la mañana, cuando empezaron á mezclarse entre sus últimos vapores los sonidos agudos y locamente acelerados de las lenguas de metal, como diría un poeta, de la iglesia inmediata. Mi primera idea al despertar fué echar un voto y no de confianza contra el célebre Mendizábal, que no hizo las cosas mas que á medias. ¡Oh! cuántas veces me acuerdo tambien del Viernes Santo.... Por mi desgracia estoy situado entre dos torres que arrojan, enlazan y repelen mutuamente sus gritos, para lanzarlos con estrépito sobre mi pobre habitación, mas que por los vientos combatida por las campanas: esto hace sin duda que los vecinos desalojen continuamente la casa, y pues deben agradecerles muy poco los cánticos de tan vocingleras y empinadas vecinas. Por la misma causa estaba ya formando el proyecto de trasladarme á otra parte, cuando entrando la criada con el chocolate,

— Señorito, dijo.

— ¿Que hay?

— Se ha muerto el niño de la vecina de enfrente.

— Y qué ¿por eso tocan tanto las campanas?

— Sí señor, porque le hacen entierro mayor, por lo que han venido á avisar á Vd., por si quiere asistir á la misa y acompañar á la familia.

— Y bien, ¿dirías que habia salido de caza antes de amanecer?

— No señor; como yo ignoraba que....

— Vete con mil diablos.

Con un humor pésimo empecé á vestirme, buscando entre tanto un remedio para que las campanas no tocaran á muerto, y al mismo tiempo para que no hubiese entierros; pero por mas que revolvía en mi imaginación no hallaba mas que uno: «no morirse»; y este me parecia la piedra filosofal de la vida humana. Cansado iba á abandonar mi empeño, cuando se me ocurrió otra idea luminosa; y dije: — «Para evitar el entierro no es necesario no morirse, basta con no nacer.» Pero entonces recordé que asistiendo dias atrás á un bautizo, habia notado que el recién nacido solo tomó una parte pasiva en el acto.

— El nacer, añadí reflexionando, no podemos evitarlo. ¡Oh! y de tener esa facultad ya nos ahorraríamos tal desgracia. ¿Cuál es pues, la causa de que nazcamos?

Al hacerme esta pregunta, levanté la vista y la posé maquinalmente sobre un cuadro que colgado en la pared de enfrente representaba el himeneo, el cual parecia que respondiendo á mi pregunta, decia:

— Yo.

— ¿Tú? maldito seas; y le arrojé una bota que iba á calzarme.

El ruido de los vidrios, que cayeron hechos pedazos, me sacó de mi enagenación; y reprendiéndome á mi mismo — Estoy loco, me dije; no sé lo que hago: ¿acaso querré yo formar de distinta materia la sociedad? ¿No veo que para no morirse era necesario no nacer, y para no nacer que los dos sexos no se unieran, y para esto en fin que los hombres no tuviesen idea de las mugeres ni las mugeres del matrimonio?

Entonces acabé de vestirme, y dominado por tan peregrinos pensamientos me encaminé hacia la iglesia, donde presencié una porción de larguissimas ceremonias, que no es mi objeto referir. Despues de oída la misa y dejando que cantaran los responsos y llevaran el cuerpo al cementerio me dirigí á dar la enhorabuena á mi vecina de enfrente. Al llegar á la puerta vi, acompañado del sacristan y monaguillos, al cura de otra parroquia, el cual, asi que estuve en el portal,

— Sea Vd. testigo, me dijo.

— ¿De que?

— Del escándalo, prosiguió con desaforada voz, del escándalo que se acaba de dar en esta casa.

— ¿Pues qué ha habido?

— Que el cura de la parroquia de.... ha venido y se ha llevado un niño muerto, á quien debía de derecho dar yo sepultura.

— Pero señor, dijo entonces mi vecina apareciendo al pie de la escalera, si esta casa pertenece á la parroquia de donde es cura el señor D. A....

— Miente, añadió el pretendiente de la otra parroquia, toda la vida me ha pertenecido esta casa, y....

— Pero señor, ¿y qué le hemos de hacer si ya se han llevado el niño á la otra iglesia?

— No importa; esto no puede quedar así; elevaré una queja al tribunal, y yo le haré ver á ese D. A. que no se usurpan impunemente una parte de mi feligresía y mis derechos.

— Señor, repuso mi compungida vecina, si es por los derechos, los pagaré dobles.

— Toma, eso es claro; está uno adelantado para renunciar á sus emolumentos: tras que el gobierno paga tan bien....

— Entonces, añadí yo, cese la disputa; que vuelva luego el sacristan, y asunto concluido.

Gracias á este corte de cuentas, el señor cura y su comitiva empezaron á desfilar por la calle adelante, rezando á media voz la letanía de todos los santos, de la cual se oía de vez en cuando aquello de «*Conservare digneris te rogamus audi nos.*»

Al tiempo que esta procesion desaparecia por un estrecho de la calle, entraba por el otro la que en alegre desorden venia del cementerio. No tardó la gente en llegar al portal en que me hallaba, donde despues de recitar entre dientes un responso que tan solo entendian el cura y el sacristan, concluyó por decirlo así la parte seria de este acto. En seguida todos los asistentes se dirijieron á la escalera, en la que hallando á mi pobre vecina la acosaban con los dulces consuelos de: «sea en hora buena,» «salud para tenerlos,» y otros parecidos, corriendo despues á ocupar los asientos de otra habitación, en que la escena debia de estar mas animada.

Efectivamente, la alegre concurrencia ocupó sucesivamente una sala donde se hablaba y se reía, y donde en medio de los convidados se alzaban dos mesas abundantemente provistas de dulces y botellas: hace pocos dias asistí, como he dicho antes, á un bautizo, y sirvieron á la mesa diferentes refrescos. ¿Por qué esa contradicción de celebrar el calor de la vida con helada nieve y el frío de la muerte con ardientes licores? ¡Ay! quizás no haya contradicción: nadie puede decir cual de los dos techos sea mas frio, si la tumba del que nace ó la cuna del que muere. Pero verdaderamente en esta ocasion creo que nadie se curaba de filosofar.

— Sabeis, decia una muger mas curtida que el cuero de sus zapatos, que nadie diría que el niño estaba muerto? ¡Jesus! parecia que me miraba cuando le quité el faldon blanco que llevaba.

— No querria que le desnudases, añadía otra.

— ¡Ay! hija, es costumbre que la ropa del muerto sea de la que le amortaja, y como yo lo he hecho....

— ¡Ya!...

— Y Perico el enterrador ha trabajado mas que de ordinario, decia en otro corro un tio Juan mas largo que el dia de su santo.

— Es que le vale buenos cuartos, añadió otro.

— Diablos! repuso el primero, cuando quiere bajar un poco las costillas, no sacan los cuerpos los perros.

— Hace tan poco hondos los hoyos....

— Hoy ha cabado media vara más que de costumbre.

— A propósito ¿sabeis que dicen que el cerdo de la tia

Manuela se ha vuelto loco por haber comido un brazo que sacó de una sepultura?... (1)

—Ea señores, dijo uno que manifestaba ser el amigo encargado de hacer los honores de la mesa, ¿á qué han venido VV.? Vamos, acercarse é ir tomando: y al mismo tiempo llenaba las copas de diferentes vinos y licores.

—Brindo, dijo uno tomando un vaso, á salud de las madres que crían hijos para el cielo.

Una inclinacion general de cabeza manifestó el asentimiento de todos á estas palabras, concluyendo el que podríamos llamar director de escena con la frase sacramental de:

—Vd. lo vea.

—Que de hoy en un año, añadió otro echando en su estómago el espirituoso líquido.

Tras estos siguieron otros diversos brindis, acompañados de una destruccion completa de las mantecadas y bizcochos que tenían las bandejas. Al celebrar de esta manera la salida del mundo de un ser igual á ellos, estos hombres se rebelan contra la naturaleza que nos da la vida como el don mas precioso ú obedecen á un sentimiento de su corazon, que retratando todos los males de la existencia, les obliga á celebrar el descanso de la muerte? ¡Ay! no; no es la naturaleza, cuyas leyes conocen solamente por sus efectos, ni es su corazon, cuyos sentimientos no abarcan el bien que encierra la quietud de la nada: es sí el fanatismo de una idea religiosa, que si es sublime porque mostrándoles la felicidad de la vida eterna acerca sin temor al hombre al borde de la tumba, es tambien terrible por la crueldad que tal verdad encierra, y porque envuelve un desprecio de nuestra existencia: mas ¡ay! que el que desprecia las miserias de esta vida no merece gozar de la abundante felicidad de la otra!....

—Señorito ¿Vd. no toma nada?

A esta interpelacion que me dirigió uno de los que estaban sentados á la mesa, todos se volvieron á mí diciendo á la vez:

—¿No quiere Vd?

—¿No bebe Vd?

—Vamos, decia el director, un sorbillo.

—Gracias, señores; sigan VV. que ya me acercaré á tomar alguna cosa.

Entonces, y aprovechando un momento en que la broma seguia en una escala ascendente, salí de la habitacion para bajar á la calle: al cruzar la antesala oí una voz que entrecortada por los sollosos me decia:

—¿Se va Vd. ya?

Era mi pobre vecina que retirada en un rincon dejaba entrever con sus lágrimas el dolor que quebrantaba su corazon.

—¿Se va vd? repitió.

—Sí, me es imposible acompañar en sus alegres brindis á esas pobres gentes, que siguiendo una malhadada costumbre, creen cumplir como deben felicitando á vd. por la pérdida de su hijo.

—¡Ay! articuló mi vecina en medio de su amargo llanto.

Ellos dicen: feliz la muger de quien el cielo recoge muchos hijos; mas yo, que sé lo que adoraba Vd. al solo niño que la concediera el Criador, digo á mi vez: desgraciada la madre á quien la muerte arrebató el tierno y único fruto de sus entrañas!.....

PRIMITIVO ANDRÉS CARDANO.

A UNA NOCHE DE ESTIO.

ODA.

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira en torno indiferente el mundo,
Y en torno gira indiferente el cielo.....
ESPRONCEDA.

Ya en el mar de Occidente,
Que en perlas ciñe la anchurosa tierra,
Sepultóse del sol la régia frente;
En celsitud ornado,
En pompa y gala y magestad velado.

(1) El que haya viajado por los pueblos pequeños de las provincias, habrá podido observar en muchos caídas ó desmoronadas las tapias de los cementerios, no siendo la primera vez que penetran en ellos los puercos y otros animales y desentierran los cadáveres.

Rayo celeste de su lumbre pura,

Dulce y voluptuoso

Como el recuerdo del amor primero,

Débil lucia entre la niebla oscura

Que el monte encapotaba;

Y de la nube el blanco y vaporoso

Vellon que el viento mece,

A su postrera luz se coloraba.

¡Hora de bendicion; cuánto apacible,

Y bella y venturosa,

Ay, te presentas á la mente mia!

Y el alma congojosa,

Del llanto manantial, con qué alegría,

Como las flores al rayar del día,

Tu luz recibe y tu nacer saluda

Arrobada en placer, de encanto muda.

La tortolilla triste,

El tordo vocinglero,

El ruiseñor sentido,

El rápido gilguero,

El vuelo tienden á su amante nido,

Do sencilla guardando cuidadosa

Los hijuelos locuaces

Su tierna compañera,

Por su tardanza ansiosa

Solicita le espera.

Por las opuestas lomas los pintados

Rebaños baladores,

A sus rediles bajan presurosos,

Dulces trobas cantando enamorados

Los zagales gozosos,

Que en contienda de amor y en justa liza,

Cada cuál por mas bella á su zagala

Proclama orgullecido, su hermosura

Quién, ponderando en cántiga sonora,

Quién, su dorada cabellera riza,

Y el pie donoso y la gentil cintura,

Quién, comparando su sonrisa pura,

A la sonrisa de la limpia aurora.

El labrador cansado,

Los tardos bueyes anhelante aguija,

Y por estrecha senda y apartado

Presto camino que á su hogar conduce

Sus pasos guia, donde parca cena,

Y esposa amante y bendecida prole

Ya de impaciencia llena,

El instante anhelado

De verle ansian con mortal cuidado.

En la divina lumbre

De las limpias estrellas,

Que en el sereno azul fulguran bellas,

Píntase el campo y la celeste cumbre,

Rodéase el profundo,

Y á su rayo temblante

Báñase en paz el adormido mundo.

En regio trono de marfil nevado,

Que en lento giro por el ancho cielo

Camina sosegado,

De nácares orlada

Cual diadema triunfal la nivea frente,

Y en sombra rodeada,

Brilla la luna cándida y fulgente.

Callado el arroyuelo y silencioso,

Espejo fiel que en su cristal retrata

De la vida fugáz la imágen breve,

Ya su corriente pura,

Que entre laderas de jazmin desata

Durmiente lame las rizadas flores,

Ya triste no murmura,

Ya saltando no cuenta sus amores.

Todo reposa en paz, silencio mudo

Se percibe do quier; bajo tu manto,

Noche augusta y serena,

Del ruiseñor el melodioso canto,

Del aura leve el lánguido murmullo,

De la tórtola bella el tierno arrullo,

Del manso viento al suspirar no suena,

Y opaca y recogida

La natura descansa adormecida,

Todo reposa en paz..... menos mi pena;

Y el eco mudo y frío,

No mas repite ya que el llanto mio:
 Mi llanto, sí, mi llanto.
 Quien en la tierra la virtud, la gloria,
 El amor, la pureza,
 Con firme corazón y alma inocente,
 Buscó do quiera y mezquindad y escoria,
 Y misera torpeza,
 Entre harapos halló; quien con ardiente,
 Con orgulloso anhelo,
 A la esfera del sol alzó su vuelo,
 Y en ilusión mentida
 Miró tornarse el esplendente cielo
 Quien del amigo que amistad brindaba,
 Y su mano estrechaba,
 Probó la deslealtad, quien de la hermosa,
 Que tierna y cariñosa
 Contándole su amor, le acariciaba,
 La perfidia gozó ¡ay! y veloces,
 Vio los hombres pasar y el mundo alegre,
 Ageno á su dolor, sordo á sus voces,
 ¿Qué, sino su quebranto
 Debe ¡Oh noche! contarte y á las frescas
 Brisas que entorno murmurantes vagan,
 Por prenda diera de su mal profundo
 Que roncós ayes y que amargo llanto?
 El llanto, rico dón, almo tesoro,
 Fuente preciosa que en el alma vive,
 De mas valor para el mortal que pena
 Que es al ciego la luz, al pobre el oro.
 Sin ti la vida de desdichas llena,
 Día fuera sin sol, prado sin flores,
 Sin esperanza fé, luz sin colores.
 ¡Es tan dulce llorar!..... opresa el alma
 Bajo la losa del dolor impio,
 Cual llama rutilante
 Que al Cielo eleva su radiosa lumbre,
 Y su fulgór brillante
 Del peñasco al rodar la pesadumbre
 Apaga de improviso, de su vida
 Tal se ahoga la luz, y retorcido
 En sofocante nudo,
 Yelase el corazón, mas oh ¡si en tanto,
 Al escaldado lagrimál asoma
 Luciente perla de anhelo llanto,
 En lágrimas deshecho
 Feliz respira el angustiado pecho.
 ¡Oh, cuantas veces, apacible Noche
 Para llorar la desventura mia,
 Enojoso, importuno.
 Siendo á mis penas el alegre día,
 Tus sombras anhelaba á mí tan bellas,
 Y el palido lucir de tus estrellas
 El Mundo.... que mezquino,
 Que pequeño ante mí se presentaba;
 Como al viagero que en la enhiesta sima
 De roca insuperable que en el puro
 Aire se esconde, súdito aparece
 Misero pueblo que al azar nacido,
 Duerme en el fondo del abismo oscuro.
 Sus pompas, supreciado
 Mentiroso oropel sus ambiciones,
 ¿Que valen ante ti? de barro inmundo
 Despreciable juguete engalanado,
 Que de sus gracias y engañoso alioño
 Perdida la ilusión fascinadora
 Arroga al polvo caprichoso niño.
 A tu fulgór sublime,
 Cuan libre, ¡oh noche! el corazón respira,
 Y en blandos ayes como el blando ambiente
 Que en la enramada plácido suspira,
 Y en torno vuela de mi ardida frente,
 Cuál rompe ufano de su nido estrecho
 Y en gozoso latir salta en el pecho.
 ¡Ay! cuantas veces en la fresca yerva,
 Cabe la fuente gárrula tendido,
 Mientras en sueño sumido
 El Mundo reposaba,
 Contemplando tu luz embebecido,
 Yo solo al rayo de tu luz velaba.
 Yo solo.... nó; ¿recuerdas amorosa,
 La que en mis brazos candida y sencilla,

Cual capullo gentil, brillaba hermosa?
 Que. ¿No recuerdas los instantes bellos
 Que embriagada en mi amor, yo en su hermosura,
 En mis sienes jugando sus cabellos,
 Y á su encendida boca,
 De amor guarida, y que al amor provoca,
 Dulce beso robando,
 Ella, su bien, su dicha me llamaba,
 Mientras ebrio en placer, la mente loca,
 Que entre las flores del Abril se mece,
 Alóño de amor la contemplaba?
 ¡Oh! ¿la olvidaste ya? Su voz suave,
 Mas blanda que el murmullo de la brisa
 Que entre las flores del Abril se mece,
 Que la canción preciada,
 Que el ave enamorada
 Del arroyuelo al son alza en la vega,
 El dulce encanto de su dulce risa;
 El rayo amante de sus vivos ojos
 Que al cielo prestan de su azul el brillo,
 La ardiente vida de sus labios rojos,
 El Sol sereno de su frente bella,
 De su traje el sencillo
 Noble decoro que el candor destella,
 Diste al olvido ya? Felices horas,
 Horas de amor, de dichas y alegría,
 Huid, huid y al insondable abismo
 Rodad de lo pasado encantadoras,
 Que si el ansioso vuestras vidas sorbe
 Eternas sois en la memoria mia.
 No la olvidaste, no; mansa en el viento
 Tu voz escucho que amorosa y tierna,
 «Dó está» me dice en sonoro acento;
 Y el valle y el pensil y el monte y prado,
 En cántico acordado
 «Dó está» repite al par, y á su apagado
 Bullicioso clamor que al cielo sube,
 La tierra, el firmamento,
 «Dó está» resuena en plácido concento..
 ¡Oh cruel hado impio!
 Donde está, me interrumpes, bien lo dice
 El ronquedo son del llanto mio
 ¿En tus horas calladas,
 Del mar sobre las aguas vaporosa
 Una ninfa no vés surcar ligera,
 De conchas nacaradas
 La sien ceñida cual la Chipria Diosa,
 Solícita buscando la ribera;
 En célica armonía
 Sonando el aire al suspirar su aliento,
 Y huir en sulco luminoso y puro
 Súbito al Cielo al despuntar el día?
 Ella es, ella es,mas oye, tente,
 No rompas su existencia misteriosa,
 Y al menos pueda su canción doliente
 En mágico ruido,
 Bajo tu velo, oh noche silenciosa,
 Templar mi pena y alhagar mi oído.
 Y que ¿sorda á mis quejas,
 Huyes tambien y de mi triste llanto
 No tienes compasión, y al fin te alejas?
 Si: que en purpúreo rosicler teñida.
 Y en luciente arreból de rosa y grana
 Que el cielo pinta y el Oriente dora,
 Flores vertiendo y luz, nace la Aurora.

FRANCISCO VILA Y GOTRI.

CUESTIONES RECREATIVAS.

1. Disponer un aparato, por medio del cual se puedan ver desde el piso principal de una casa, las personas que llegan á la puerta de la misma, sin asomarse á la ventana, ni mirar por ningún hueco, y sin ser visto.
2. Disparar apuntando á la espalda un pistoletazo, con la misma seguridad que si se tirara de frente, y la vista pudiera hacer naturalmente la puntería.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.